Q 463
(5)

Cuadernos de Música Española

A la memoria de

Ricardo Viñes

Ernesto Halffter

Federico Mompou

Joaquín Rodrigo

EDITORA NACIONAL
MCMXLVII

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

T5/11356

A la memoria de Ricardo Viñes

AYUNTAMIENTO DE MADRID
0100064720

R/12.138

Ayuntamiento de Madrid

RICARDO VIÑES

(EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE SU MUERTE)

I

Era a finales del año 1940. Novato aún en la crítica musical y en mil cosas esenciales, aguardaba con ansia la llegada a Madrid de Ricardo Viñes. Le conocía por las cien dedicatorias de las obras de Debussy, Falla, Ravel, de todos los que él llevó la carga — bella carga — de sus estrenos.

Aunque no lo conociese personalmente, había meditado mucho sobre esta figura singular de la historia pianística. Sin proponérselo, haciendo las más decisivas oposiciones para ocultarse tras las obras, Ricardo Viñes logra lo que poquísimas veces se da en el intérprete: pasar a los libros. El intérprete se va y la obra queda. A lo más, una antología de anécdotas que hoy son ya raras. Hace cuarenta o cincuenta años, el intérprete, el pianista sobre todo, tenía una aureola, un aire de cosa genial, inusitada y extraña, que era una fórmula de relativa salvación para años. Hoy se camina por otro polo: el pianista más genial — pensemos en Giesseking, por ejemplo — tiene una invulnerable seriedad de profesor. Ricardo Viñes vivió plenamente la primera etapa. Con dotes, pero sin ganas, para ser un virtuoso más, adherido al repertorio de los pocos nombres y de los grandes éxitos, Ricardo encontró el triunfo por el camino más difícil. Murió pocos meses después que Emil Sauer. He aquí los dos polos. En otro libro mío he querido contar lo que fué el último concierto del gran pianista alemán. En Viena, con más de ochenta años, Sauer seguía con su repertorio de 1890. Lo último, Brahms. Sus manos, sin arrugas, sin sangre casi, eran como aquel sonido lleno de ternura y reverencia; la garra, hija directa de Liszt, descansaba en la caricia. Todos dicen que Sauer trabajó infatigablemente. Viñes, en cambio, era incapaz de sostener el repertorio tradicional. La pregunta que yo me hacía en estos años, se la hacían también a principios de siglo: ¿Cuándo estudia este hombre? Conozco una anécdota deliciosa. No sé qué sociedad musical de una provincia francesa invitó a Ricardo para que interpretase el concierto de Schumann. Aceptó porque no conocía aquella ciudad. El concierto fué casi un desastre. Alguien, cariñosamente, le preguntó la causa: «¡Oh!, mire, no lo tocaba desde que cursé el último año en el Conservatorio». En cambio, ¡qué heroica aplicación para las obras nuevas! Sólo sus manos tenían el secreto de un trabajo que debió ser desesperante muchas veces. El, que odiaba violentamente todos los métodos para conservar el mecanismo, nos contaba toda la continua travesura de su agilidad. Así, las manos llevaban la huella de la disparatada sucesión de estrenos. Dedos ásperamente retorcidos, grandes y aplastados, prestos para posturas de juego de circo, morenos y enormes. Caminante por un mundo de rarezas, huésped prematuro de un cielo con ángeles traviesos y burladores, sólo en las manos mostraba la ascética prueba de una ascensión que nosotros creíamos y queríamos fácil.

Tenía por vez primera sus manos entre las mías y no salía del asombro. Joaquín me preparó un poco para la sorpresa, acumulando recuerdos pintorescos del Viñes parisién. A esa razón de París me aferraba yo para esperar un Viñes extranjero entre los propios, a disgusto en el chiquito corrillo musical madrileño. Nada más presentarse, latían alocadamente mis ganas de memoria: guarda, guarda, me iba diciendo, todo lo que veas y oigas. Estaba en presencia de un hombre cuyo menor gesto no era ya original, sino raro, desusado, inasequible a cualquier referencia. Sólo el que le ha conocido íntimamente sabe el cariño y el temblor con que escribo la palabra «feo». Pequeño de cuerpo, magro de carnes, se definía para el caricaturista con tres cosas: manos — si no fuese un ángel hablaríamos de «manazas», decía Rodrigo —, ojillos y una barbilla que acaparaba la cara, ocultando el cuello. Luego... ¡Dios mío! ¡Qué ropa! Unas botas acharoladas, discretamente defendidas contra la insolencia del brillo por el ante gris, pantalón de corte, chaqueta larga y un inenarrable chaleco de fantasía nacido para un cuello de pajarita grande y bajo. Sin ironía, con una ternura que guardo en el recuerdo de las pocas cosas buenas, le ayudé a ponerse el abrigo. Era el momento culminante: «Por la noche me pongo siempre el sobretodo», decía...

¡Qué días sin noches los de su estancia en Madrid! Yo, pedante cosechero de noticias aprovechables, llevaba en la memoria un enorme fichero de preguntas. Era necesario sacar partido de la ocasión. Dios me perdone esa decisión antipoética y asesina para el niño grande que Viñes era. Sin saberlo, se vengó bien de mi osadía. Adiós proyectos de trabajo y orden. Ricardo nos ató a la baraúnda de los más limpios disparates. Joaquín, que le conocía muy bien, iba ya preparado para no oponer resistencia al rito. Ricardo tenía memoria «fabulosa» de niño: «fábula», no porque fuese mentira, sino por el colosal desorden con que cabalgaba sobre todas las fechas. Yo había conducido la conversación hacia el recuerdo de la polémica Debussy-d'Indy, materia que me obsesionaba entonces. Comenzó contando las andanzas de Erik Satie por la Schola Cantorum — «ya eres mío», pensé — y de repente, con una lógica implacable y de otros mundos, pasó a referir minuciosamente no sé qué hazañas de un tío suyo, «mi tío el general», como decía, poniendo en la frase un delicioso tono de provinciano orgullo. Así todo. Pablo Bilbao, que es capaz de gozar de ese mundo con solo mis pocos recuerdos, me cuenta una anécdota magnífica. La apunto como referencia a uno de los días más felices de Ricardo: aquel concierto en Bilbao, durante nuestra guerra, en el que, a consecuencia de un accidente de automóvil, salió a tocar con la cabeza vendada a modo de gran turbante, con aire de sultán.

¿A qué época pertenecía Ricardo Viñes? En uno de sus viajes a Madrid fué invitado por Radio Nacional para participar en uno de sus conciertos destinados a Hispanoamérica. Aceptó encantado, ya que el concierto era a las dos de la mañana y daba mucho gusto pasear después, casi al alba, por la Castellana. De un baúl, que sólo Dios sabe cómo era, sacó unas fantásticas obras «fin de siglo»: habaneras, «cake walks», anticipaciones de tangos, cosas americanas de sus años jóvenes. Con ellas, tres o cuatro cosas de la primera época de Albéniz. ¡Cómo gozó aquella noche! Joaquín y yo éramos felices ante su derroche de fantasía y de gracia. Por ahí quedan aún *Granada* y *Torre Bermeja*, impresionados en disco, verdadera maravilla de emoción perfecta, porque nadie ha tocado estas obras como Viñes. Yo creo que iban adheridas a su más honda entraña. Ricardo, después de permanecer cincuenta años en

Ayuntamiento de Madrid

París, seguía conservando el acento y el gusto por la vida española de sus años mozos. Una etiqueta complicada y ceremoniosa, una deliciosa vena poética — ¡sonetos que hacían feliz a Paul Valery! —, un regusto en la palabra arcaica (Joaquín me daba en el brazo cada vez que al comentar un libro decía «intitulado»), un atenerse sobre todo a épocas sin problemas y sin amarguras.

Su primer viaje a París lo hizo cuando aun no existía el pasaporte y no pudo hacer el último en 1942 porque de sus bolsillos se escapaban irremediablemente todos los documentos y papeles. Hablarle de Consulados, de negociados de pasaportes, era provocar en él una agudísima angustia. Resumía todos estos enojos en una sola frase de sainete: «Mañana tengo que ir a la Prefectura». Nos cogía del brazo y con una charla atropellada y colérica, relataba sin tino la inexplicable y continua pérdida de sus papeles. Un detalle más de su último viaje a Madrid: él, como no sabía lo que en estos tiempos significa encontrar un billete de ferrocarril, se fué a la estación de Barcelona con el «cabás», el «sobretodo», un libro de astronomía — Viñes tenía sus inocentes ribetes de quiromancia — y media hora de anticipación. Cuando cortésmente pidió un billete de primera clase para el tren inmediato, el empleado de la ventanilla creyó ser objeto de una broma. Al enterarse Ricardo de las colosales aventuras necesarias para el logro de un billete, se dió cuenta por un momento de que su mundo era otro. Sus pocas tristezas venían de estos chapuzones pintorescos de realidad. Bien es verdad que él los dominaba poéticamente: llegó a Madrid en un asiento de tercera, sin haber podido pasar al coche comedor, sometido a una algarabía loca, pero llegó imperturbable, con la ropa como para una recepción, sonriendo entre un marear de cestas, imprecaciones y llantos de niños. «¿Vendrá usted fatigado?», le dijimos. «No, nada de eso. La gente era muy simpática. Mucho ruido, eso sí», nos dijo. Un mes antes de morir, le vi en Barcelona. Estaba como siempre, pero yo me marché con una vaga sensación de tristeza incómoda: no sé por qué último capricho llevaba una gabardina nueva, que en él resultaba trágicamente anacrónica.

II

Rodrigo nos contó un día cómo Ricardo escalaba ligero y alegre los ciento y pico escalones de su casa de París para recoger una obra que estrenaría inmediatamente. Sus lecciones, sus consejos, los daba espontáneamente: horas y horas en esa casa de París que no he conocido, llena de buenos cuadros, de libros, de versos que él copiaba en cartoncitos con rayitas paralelas, pues al escribir se le torcían las líneas como a un niño. Su primer viaje a Madrid, después de la guerra, lo hizo con un pianista joven, extravagante y genial — Arturo Benedetti — guiados ambos por la batuta de Mendoza Lasalle. Ellos, Rodrigo y yo formábamos un quinteto de locos, sometidos siempre a los inefables caprichos de dos pianistas. Benedetti tenía veinte años, triunfaba arrolladoramente, la gente se dejaba fascinar por un estilo maravilloso y por un virtuosismo de rayo; sin embargo, el abrazo más leal, la admiración más entusiasta la recibía de Ricardo. De aquellos días sin tino, pero con la emoción más pura en el alma, salió el concierto más disparatado que puede recordarse: aquel concierto con cuatro pianistas, cuatro conciertos de piano y orquesta — una orquesta que jugaba al escondite con sus acompañamientos — y un concierto de Bach para cuatro pianos y orquesta. Ricardo, por vez primera quizá, se pasaba el día entero estudiando. Se le había atragantado un pasaje y sus dedos, acostumbrados a los vericuetos más raros, no sabían marchar por un camino matemático. Se vengó del concierto a su estilo: entre la estupefacción de todos, salió a tocar con papel — ¿lección o capricho? — las *Noches en los jardines de España*, y, en Bach, cuando Mendoza y los tres pianistas habían terminado, él dejó caer toda su fuerza sobre un «la» escandaloso y grave.

Cuando recuerdo su último concierto en Madrid, me cuesta mucho no llegar a la congoja. Miro ahora el programa y parece un homenaje póstumo. Ahí están, por orden cronológico, casi todas las obras que fueron dedicadas a él. Ricardo tocó maravillosamente. La pluma, que hasta ahora ha marchado maravillosa y suelta, duda y se estremece aquí. ¿Cuál era el secreto de su estilo? «Transparencia», dijo Gerardo Diego. Así era Viñes; oír sus obras preferidas era asistir a la misma creación de ellas. Es forzoso olvidarnos de todo, de su misma persona, para valorar en toda su intensidad esta grandeza y esta humildad (humildad: sal de todo gran intérprete, he dicho siempre) que nos daba las obras con una pureza maravillosa. El rehuía los pianos contemporáneos. Cuando veo todos los días este anacrónico y rebelde «Erard» de nuestro Seminario, pienso que era la marca favorita de Ricardo. Así, la emoción tenía su momento preciso, sin concesiones, sin dejarse vencer por esos «Bechstein», que nacieron con la miel en las teclas.
con las *Variaciones sinfónicas* de César Franck. Era siempre la obra cumbre para Viñes porque él realizaba plenamente la dosis de serafismo, de vuelo angélico que en ella vive. Las *Variaciones sinfónicas* parecían resumir el grado de pasión, de amor, que Viñes llevaba dentro. Si quisiéramos reunir obra e intérprete, tendríamos que explicar la gran paradoja humana del primer pianista español: un anciano con la inocencia y con la inocente picardía de un niño. De esta manera, la palabra «transparencia» para definir su estilo resulta la más normal y la más perfecta. Junto a ella, la técnica se arrodilla. Sin embargo, Viñes podría haber sido un gran profesor, y lo fué en bastantes casos. Tenía una pulsación hecha para dar relieve a todos los colores. Al comenzar las *Variaciones sinfónicas* de Franck nos dábamos cuenta de sus dotes extraordinarias. Me gusta más hablar de «dotes» que de «técnica», pues Ricardo borraba en seguida toda penosa sensación de esfuerzo: la mano caía predestinada para el matiz más exacto.

III

Tenía una fe rotunda, alegre y niña. Los ángeles están desamparados muchas veces de nuestro recuerdo. Donde la palabra «ángel» quiebra dulcemente su afán analógico para acercarse más a la pura esencia, ahí está él. Una noche me habló largamente de las estrellas. Había yo ido a buscarle al Hotel París. Al lado está la gran tertulia taurinopoética, orgullosa, aquella noche, de conocer a Viñes (¡Viñes y Zuloaga juntos, resumen colosal de la España que triunfó en París!) Ricardo no quería ir directamente al café; aborrecía ese trozo de la calle de Alcalá sin escaparates y sin gente. Buscábamos, pues, el calor del bullicio y caímos directamente en esa noche madrileña que sólo se palpa bien desde el paseo del Prado. Mi brazo conservará siempre el recuerdo de tres pesos leves y cordiales: los dos Joaquines y Ricardo Viñes. Con éste hablábamos siempre de las estrellas. Como si fuese pastor de ellas o como si acabase de aprender una buena lección de Cosmología medieval, sabía sus nombres y sus caminos. Las veía desde arriba, dominándolas con su juego, como si fuese en tierra de un cielo suyo más alto. Los niños preguntan a las estrellas: los ángeles juegan con ellas y eso hacía Ricardo. Por eso la música que él interpretaba tenía una matemática certeza adquirida sin esfuerzo.

Nadie hablará de los amores de Ricardo Viñes porque se marchó del mundo — él tan epigramático y tan raro en sus gestos — con una blancura de nieve como testimonio de su gran alma. Al estudiar yo por vez primera la ontología escolástica, supe con gran gozo una doctrina tomista sobre los ángeles: como no tienen materia, los ángeles no pueden reducirse a especies. Por eso no los conoce bien nuestra razón. En el margen de las cuartillas de mis apuntes yo escribía incansablemente el nombre de Ricardo Viñes. ¿Seremos capaces de olvidarle?

FEDERICO SOPEÑA

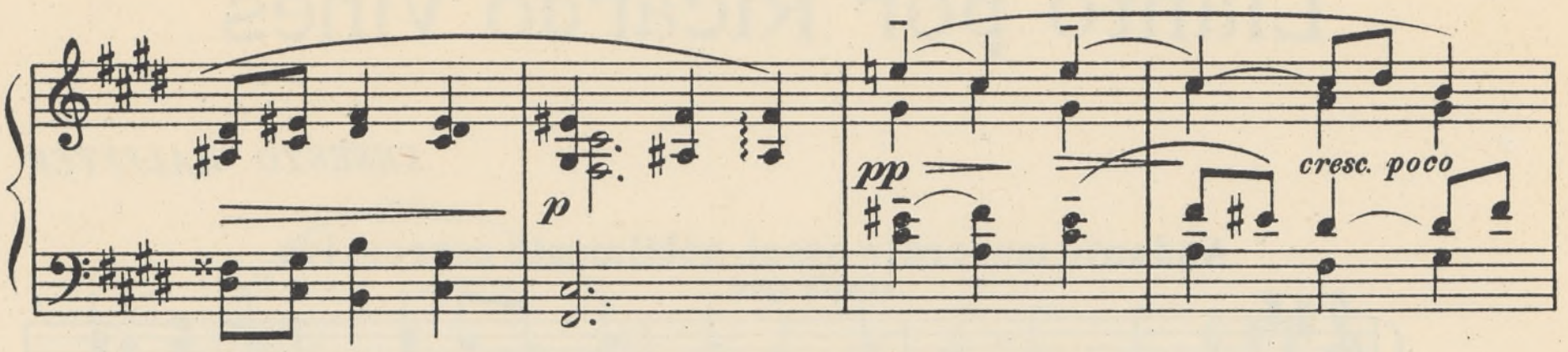
Ayuntamiento de Madrid

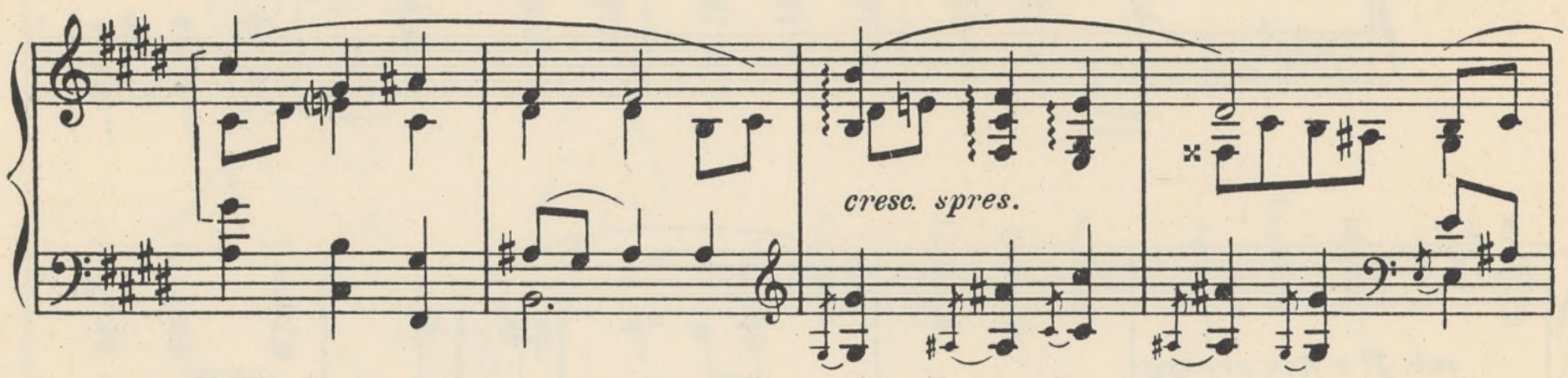
Llanto por Ricardo Viñes

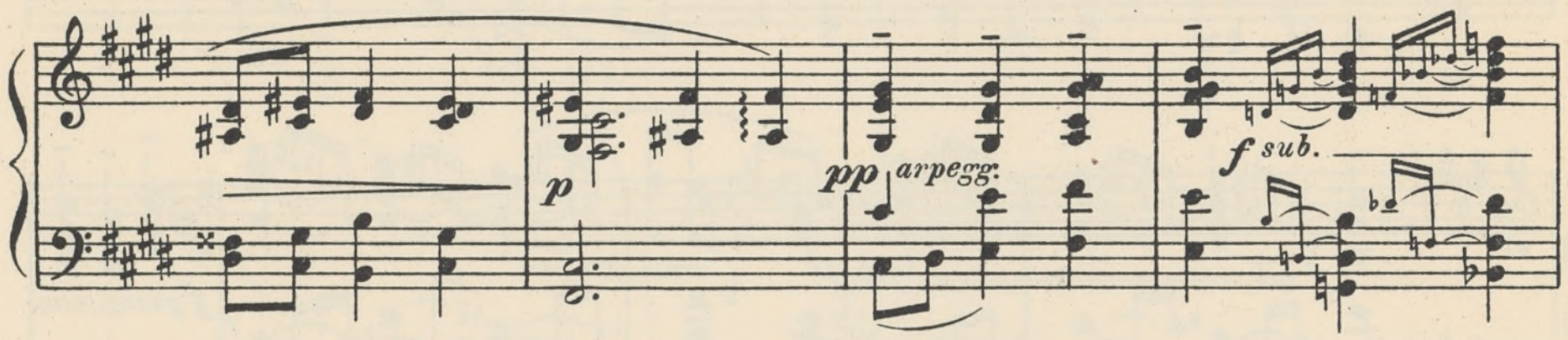
ERNESTO HALFFTER

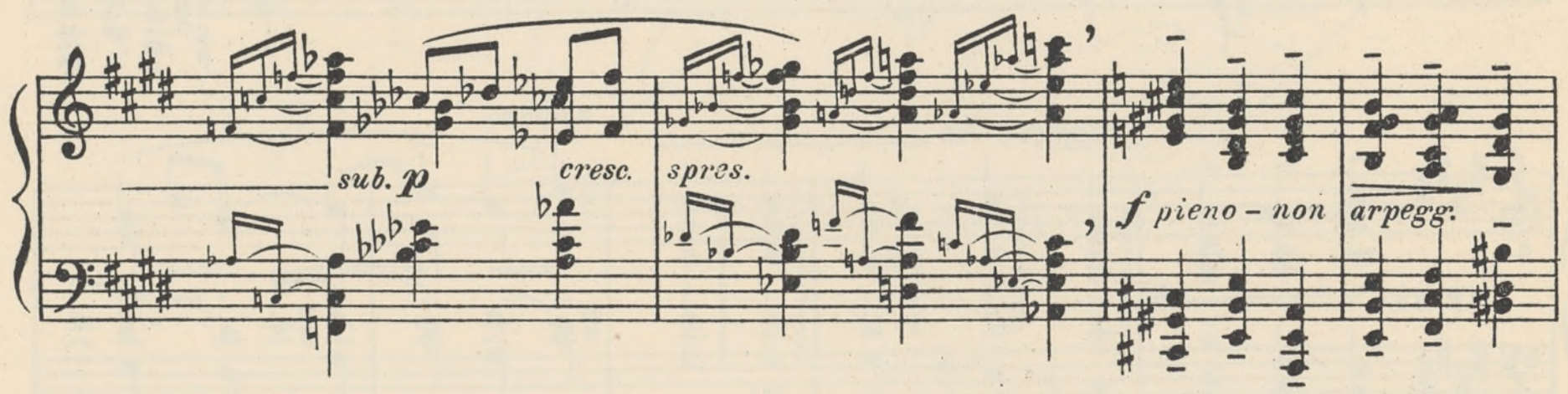
Andante moderato assai, nobilmente espressivo

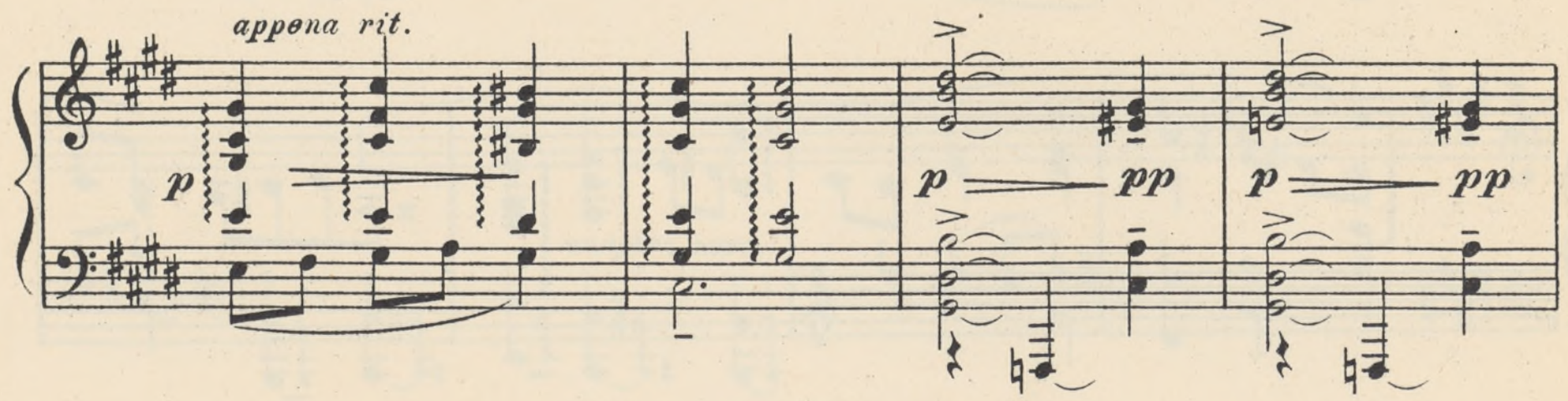
Ayuntamiento de Madrid



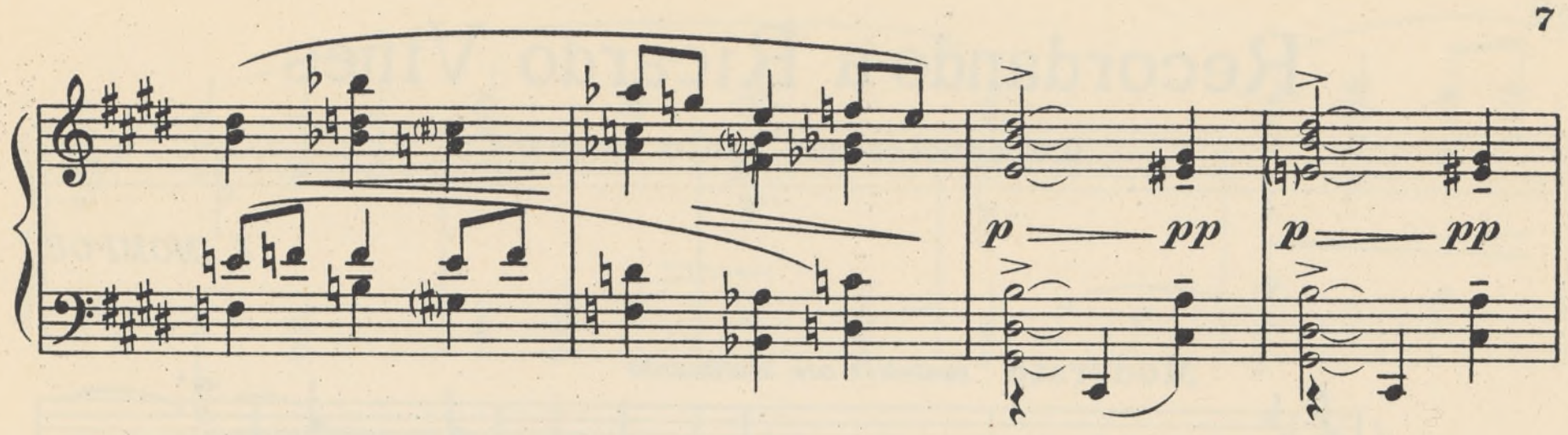


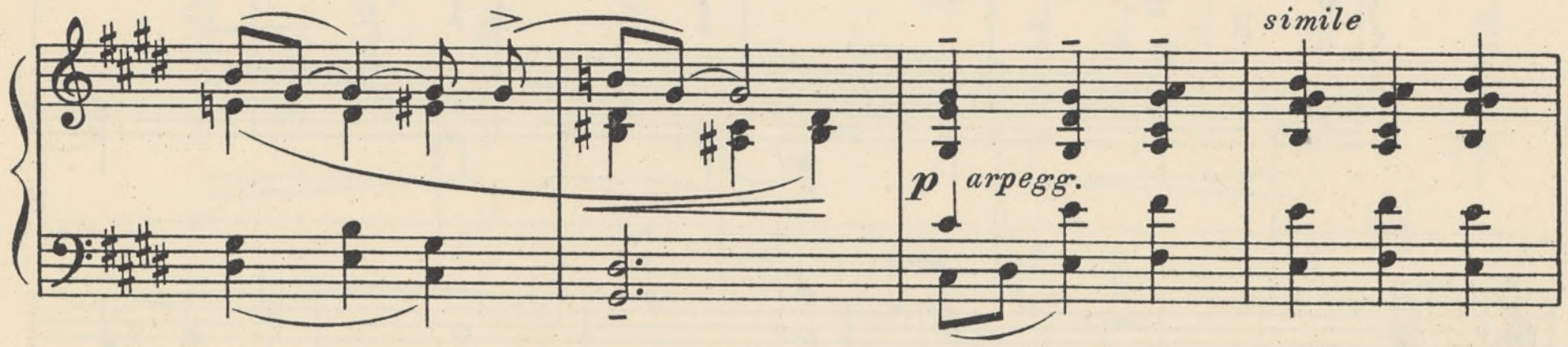


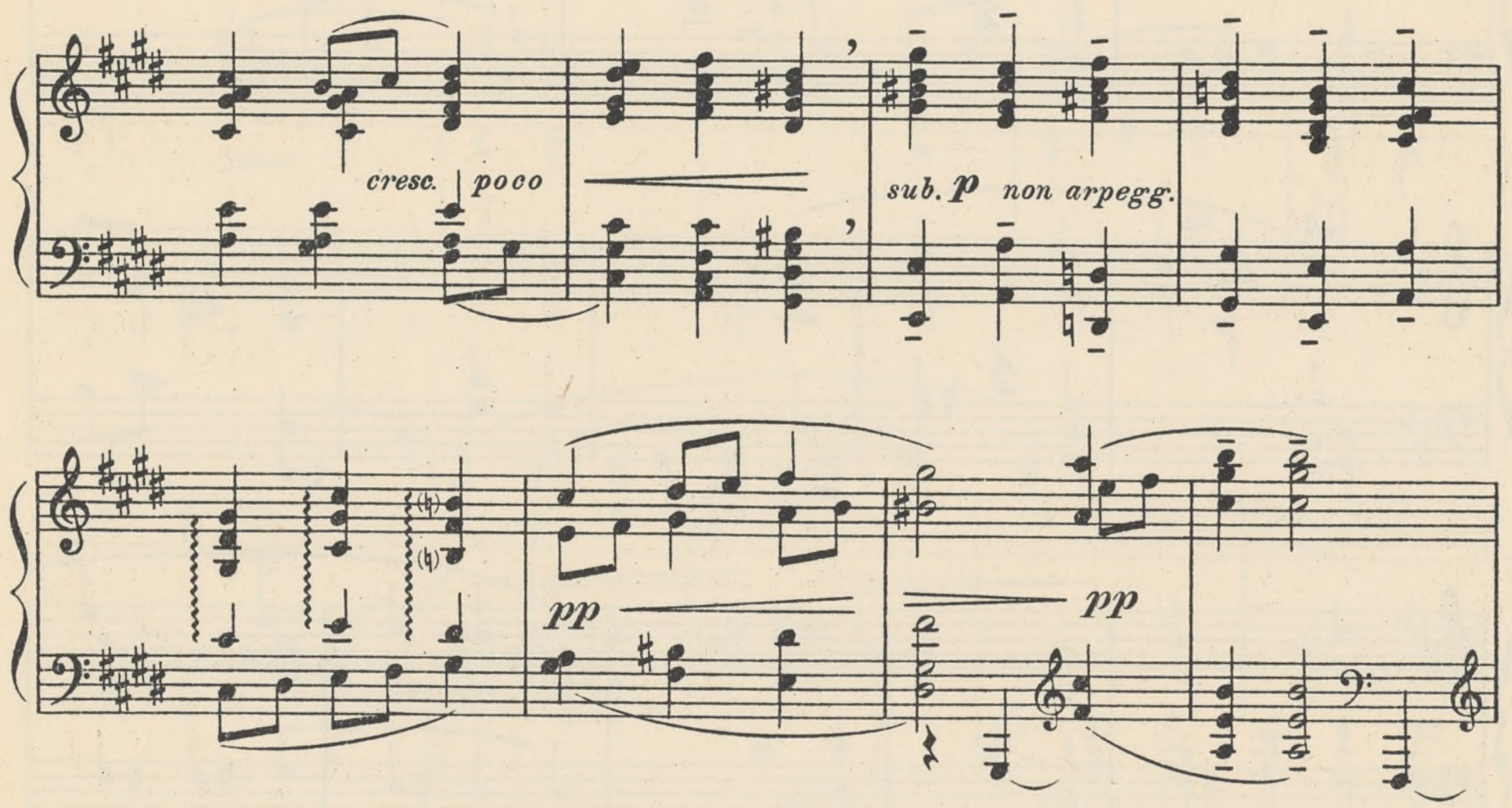


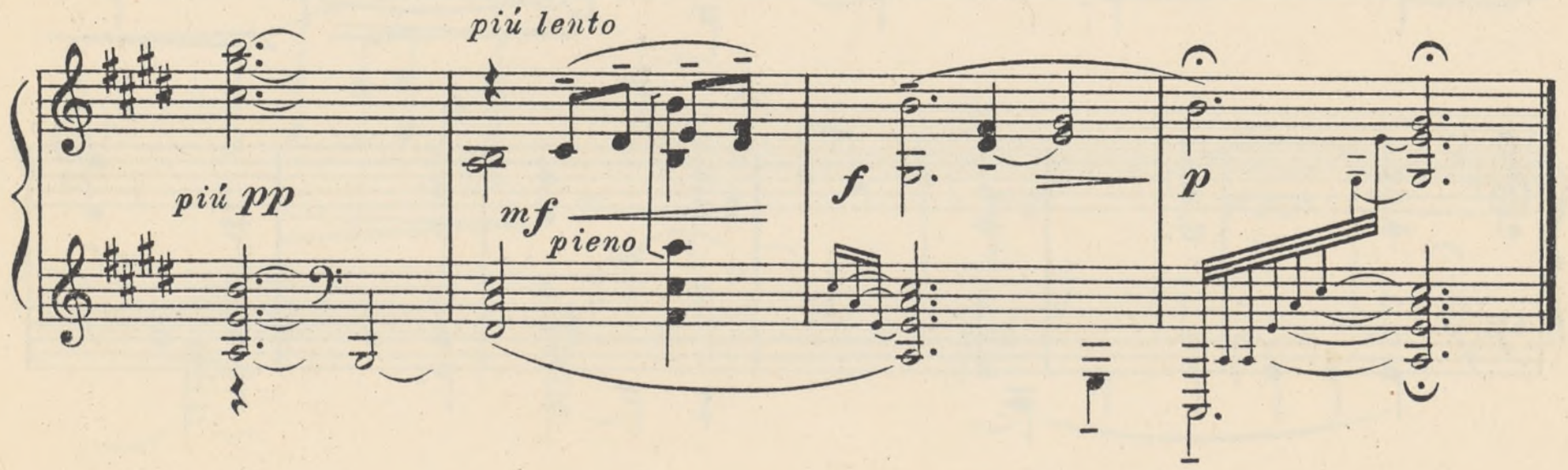


Ayuntamiento de Madrid









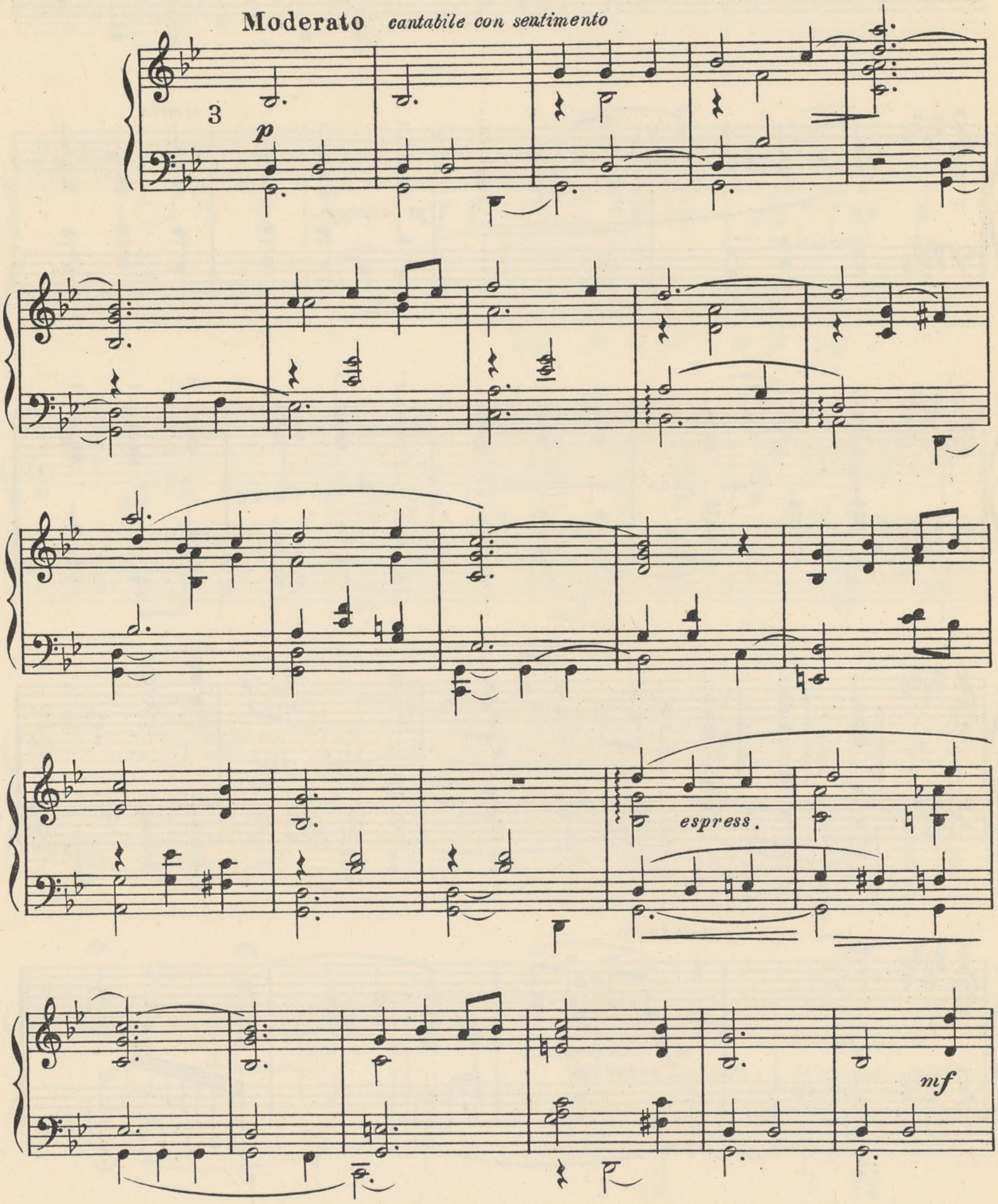
Ayuntamiento de Madrid

Recordando a Ricardo Viñes

(La canción que tanto amaba)

F. MOMPOU

Moderato *cantabile con sentimento*



Ayuntamiento de Madrid

f

sonoro

p

pp

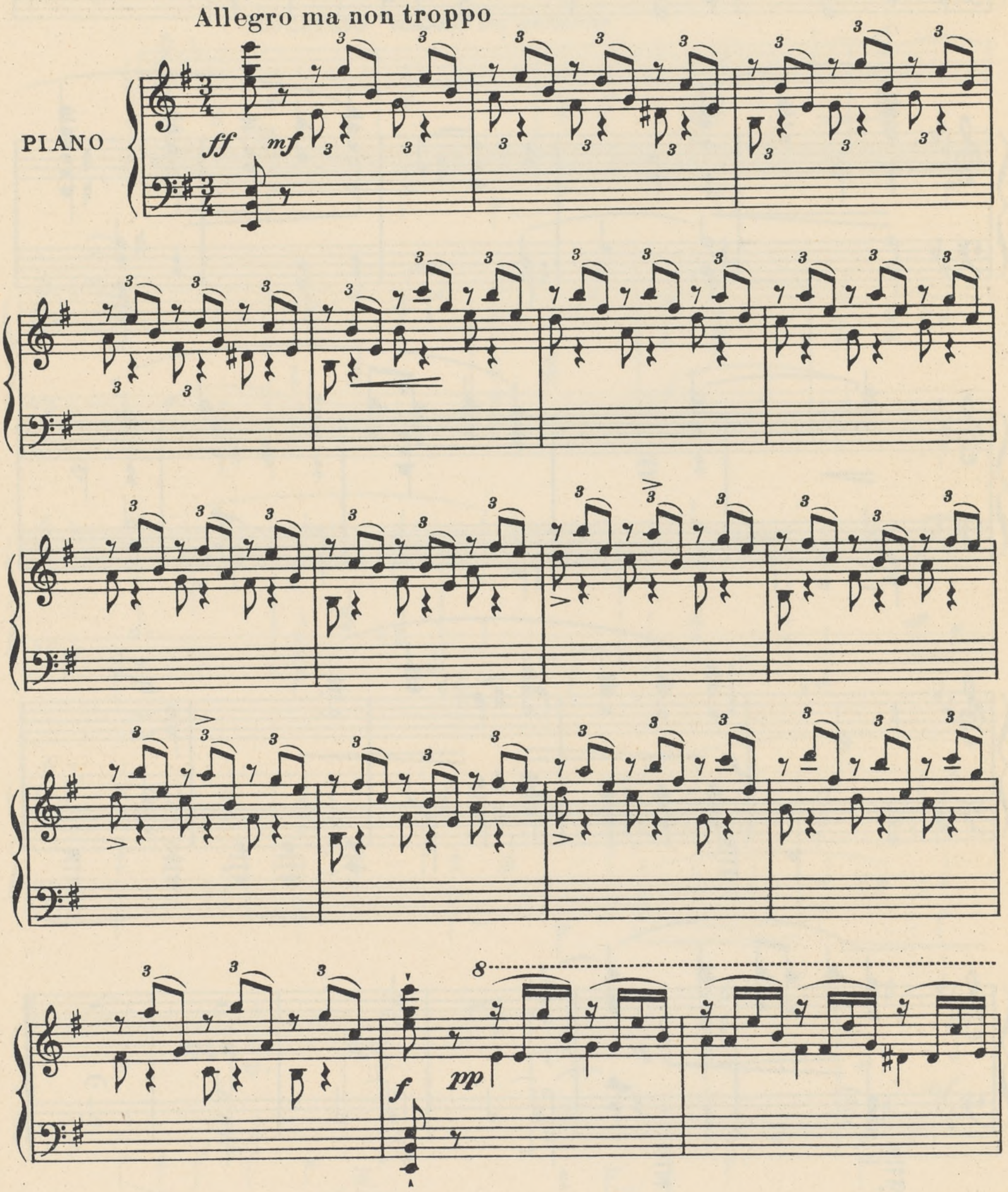
ppp

Ayuntamiento de Madrid

A la mémoria de Ricardo Viñes

A l'ombre de Torre Bermeja

JOAQUIN RODRIGO



Ayuntamiento de Madrid

8

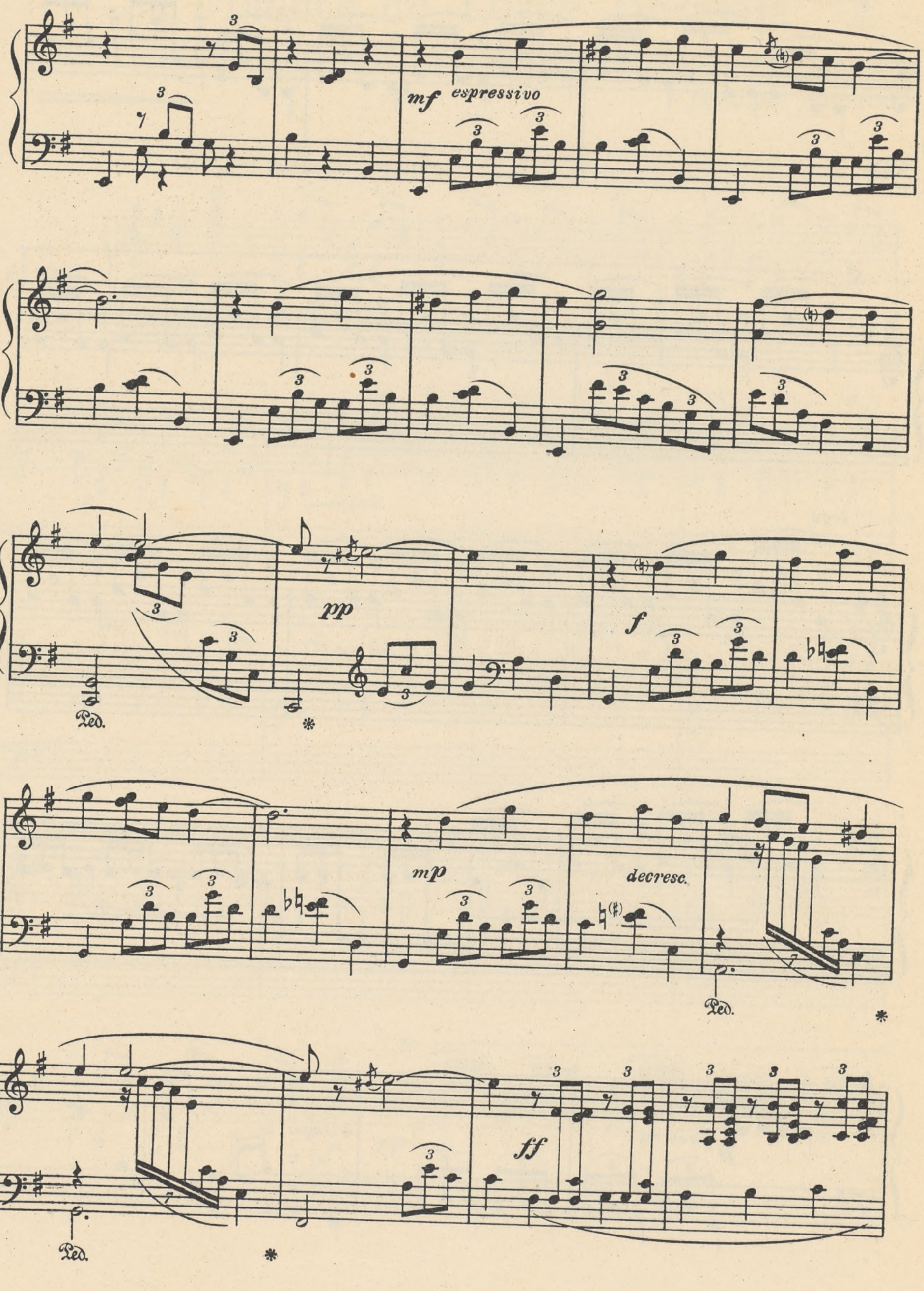
8

loco

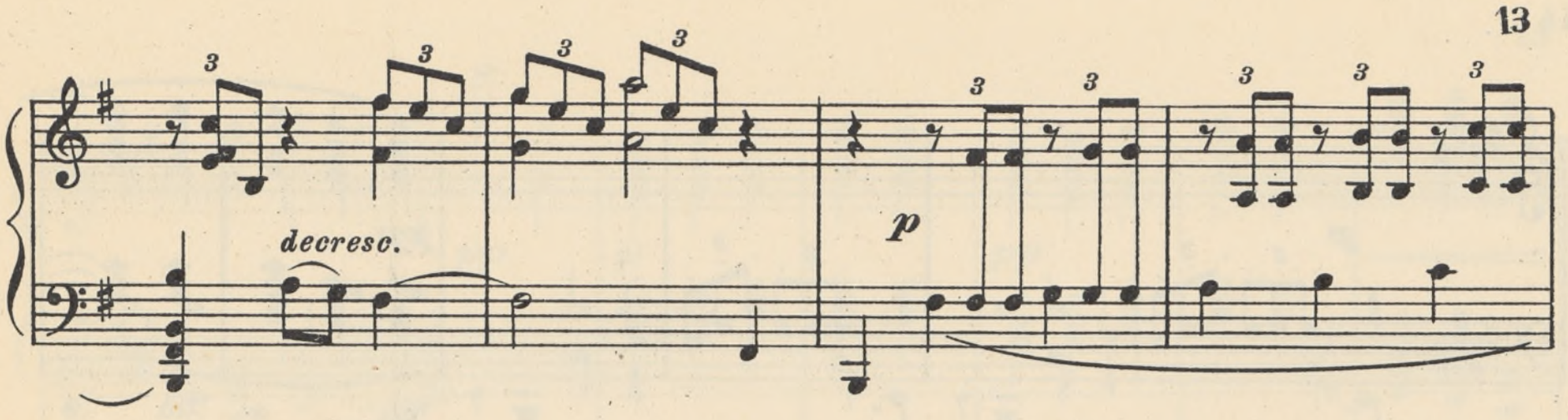
3

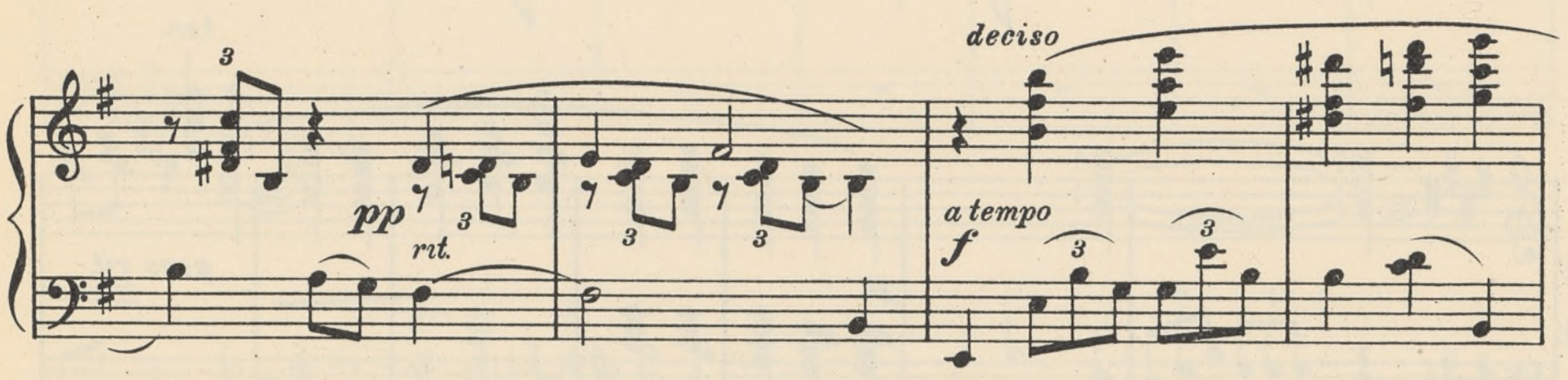
p *poco rit.* *a tempo*

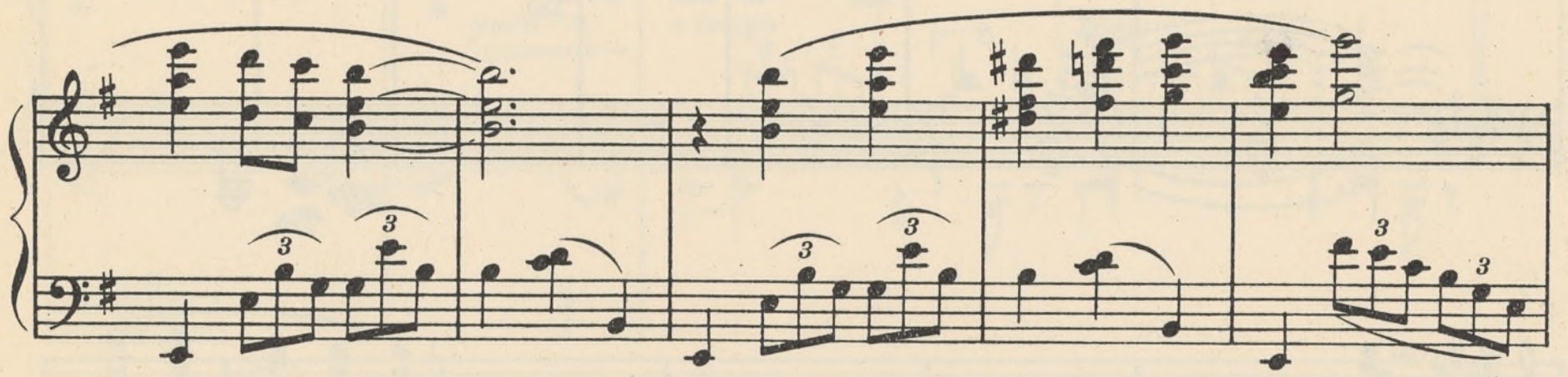
Ayuntamiento de Madrid

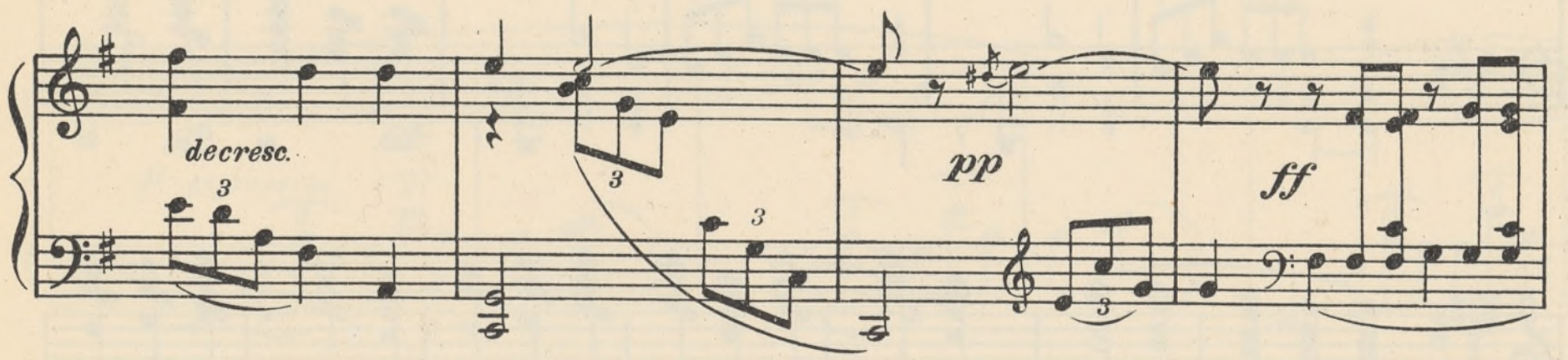


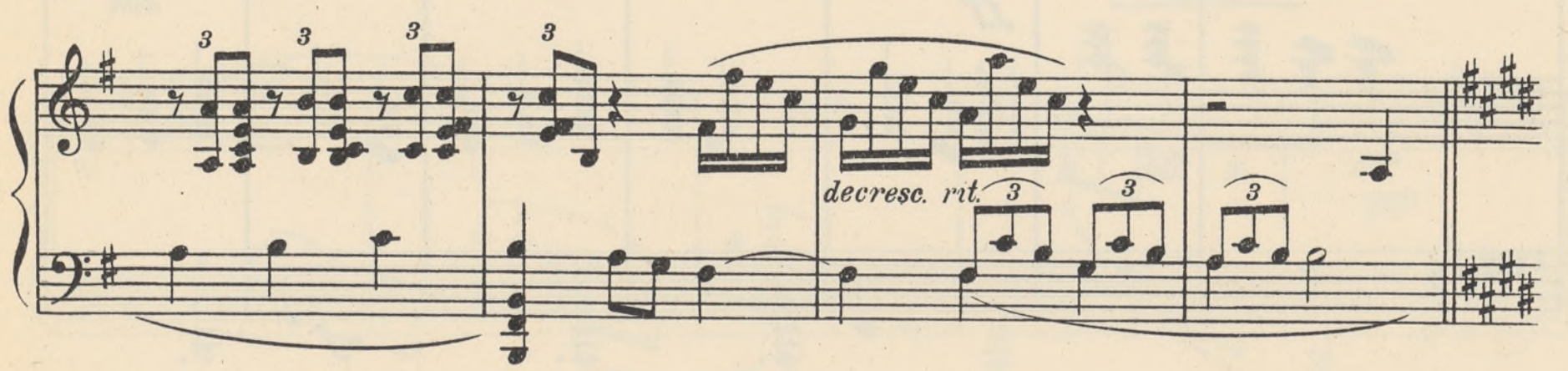
Ayuntamiento de Madrid











Ayuntamiento de Madrid

p 3 3 pp Ped. * Ped. *

ten.

poco rit.

p Ped. * Ped. * Ped. * pp Ped.

a tempo p 3 3 pp 3 3 mf Ped. * Ped. *

ff dim.

Ped. * Ped. * mf

Ayuntamiento de Madrid

pp p pp p

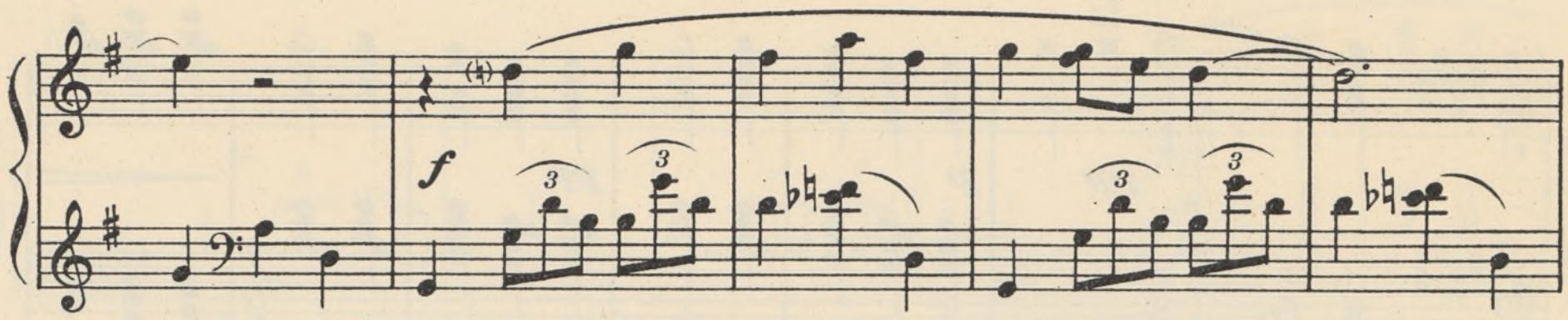
poco rit. a tempo pp pp

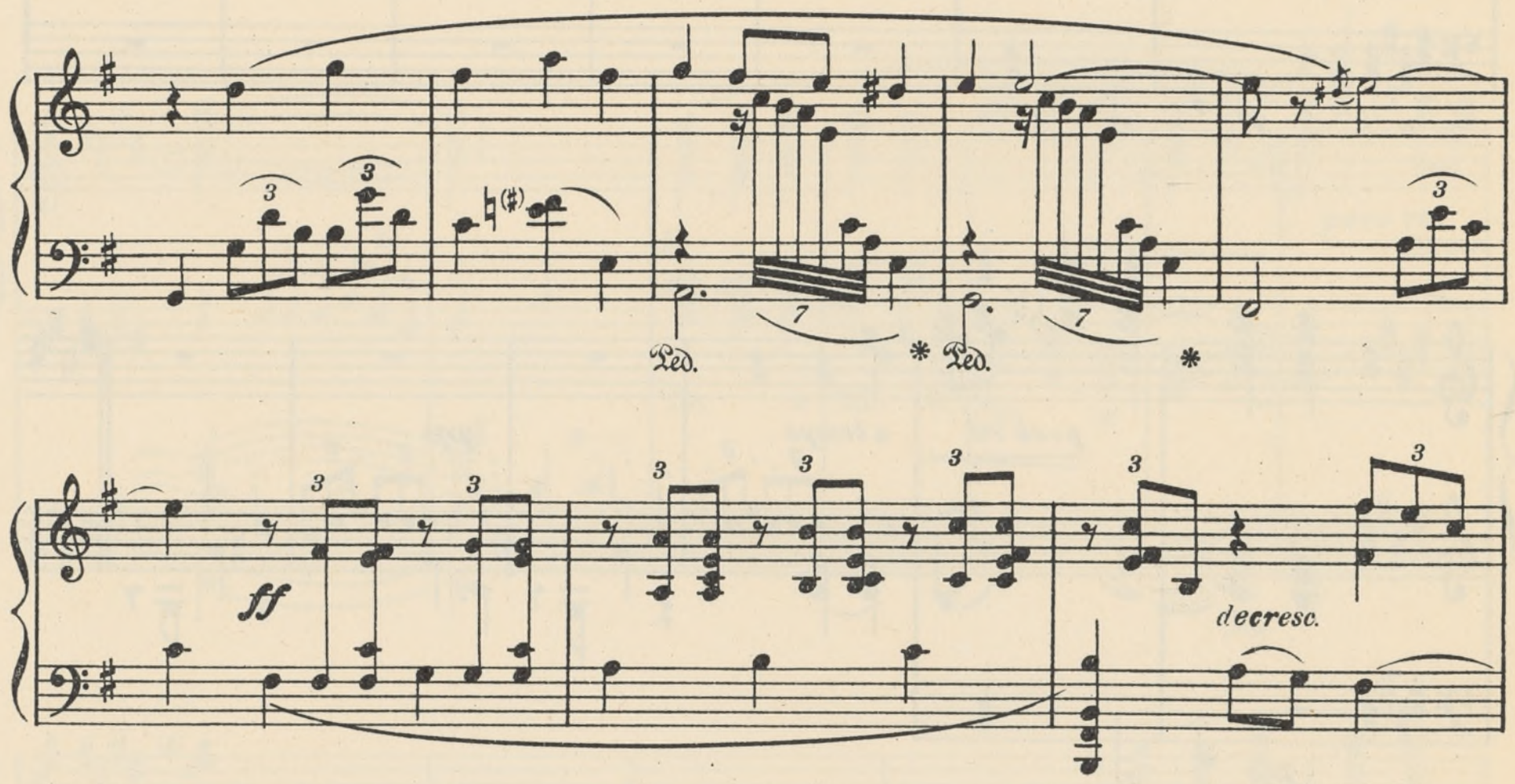
p espressivo

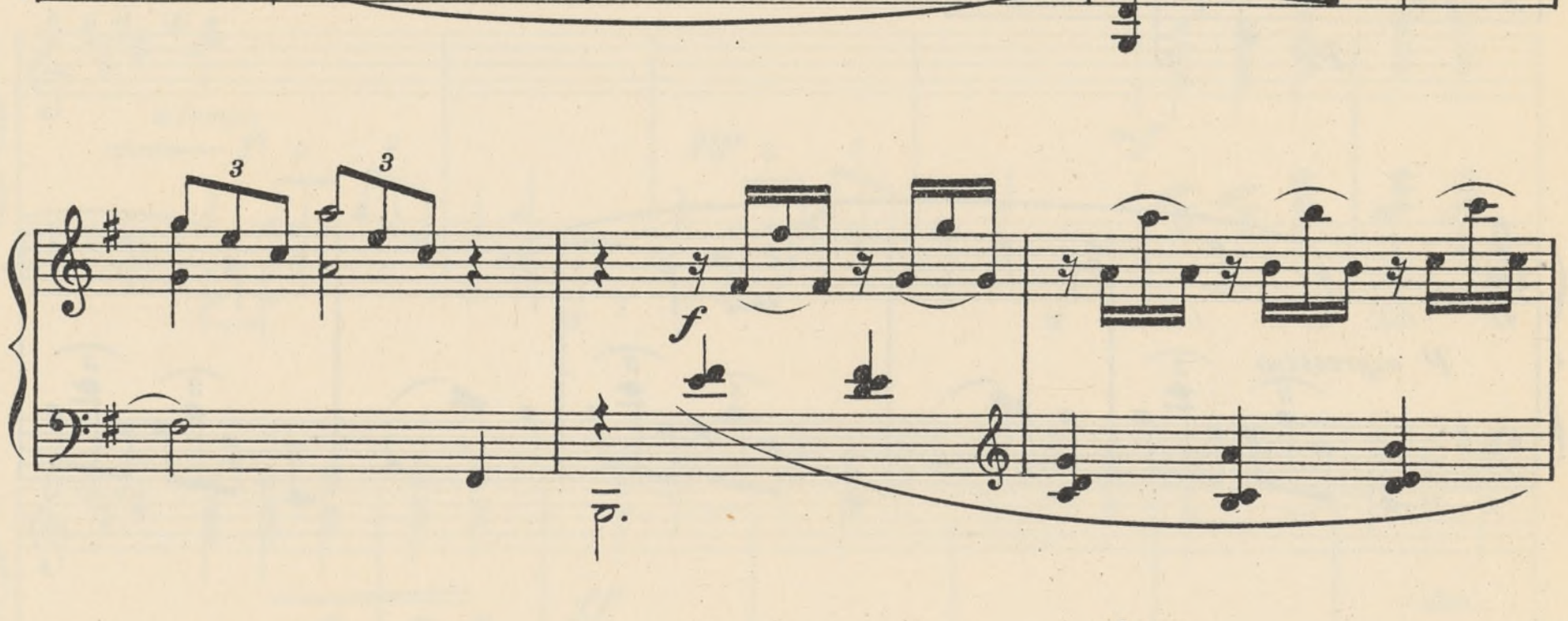
pp

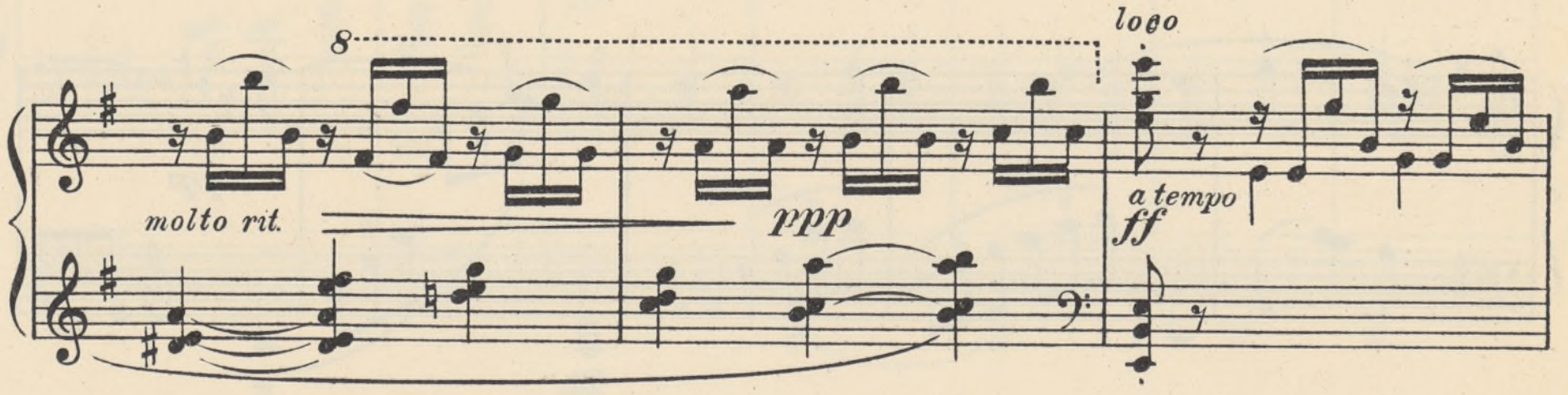
Ped. *

Ayuntamiento de Madrid

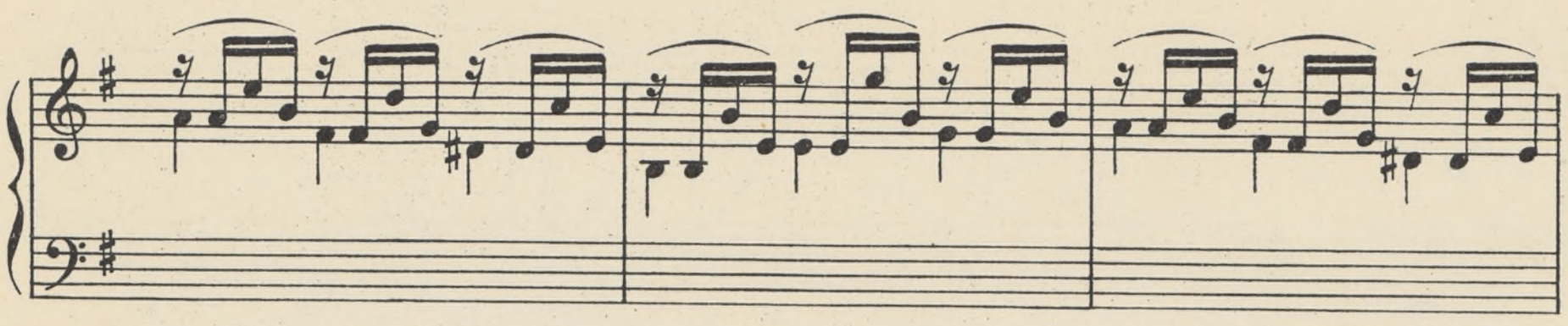


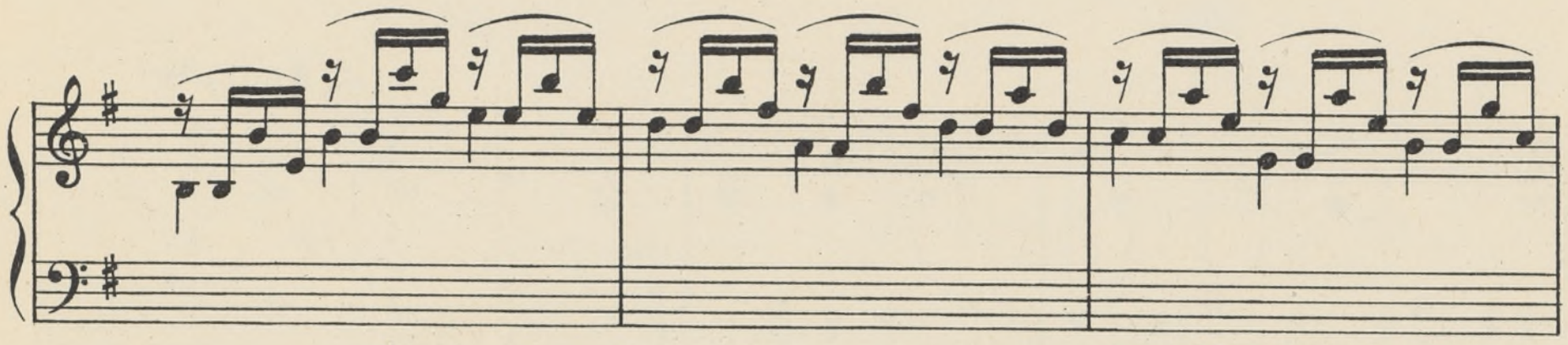


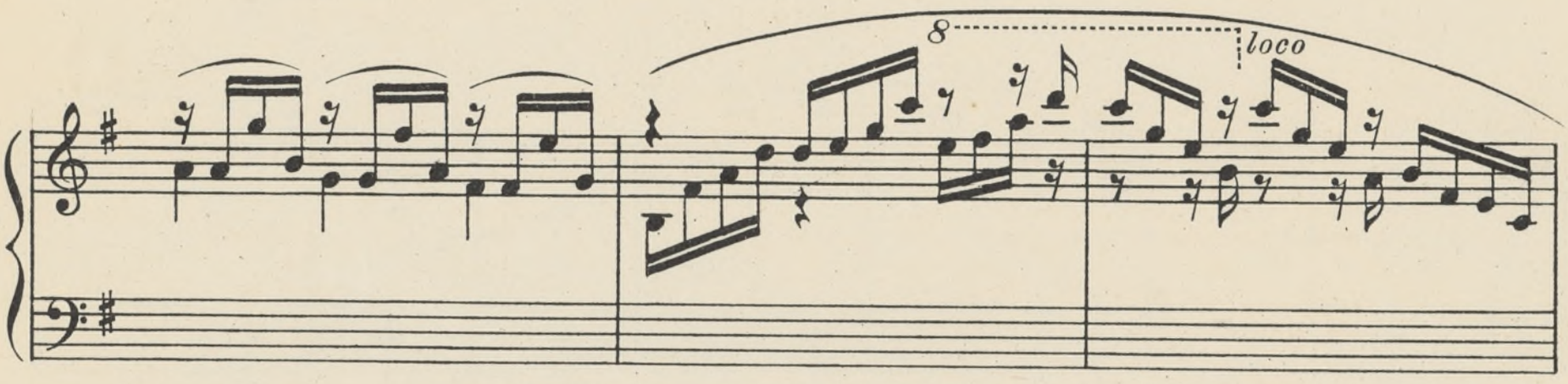


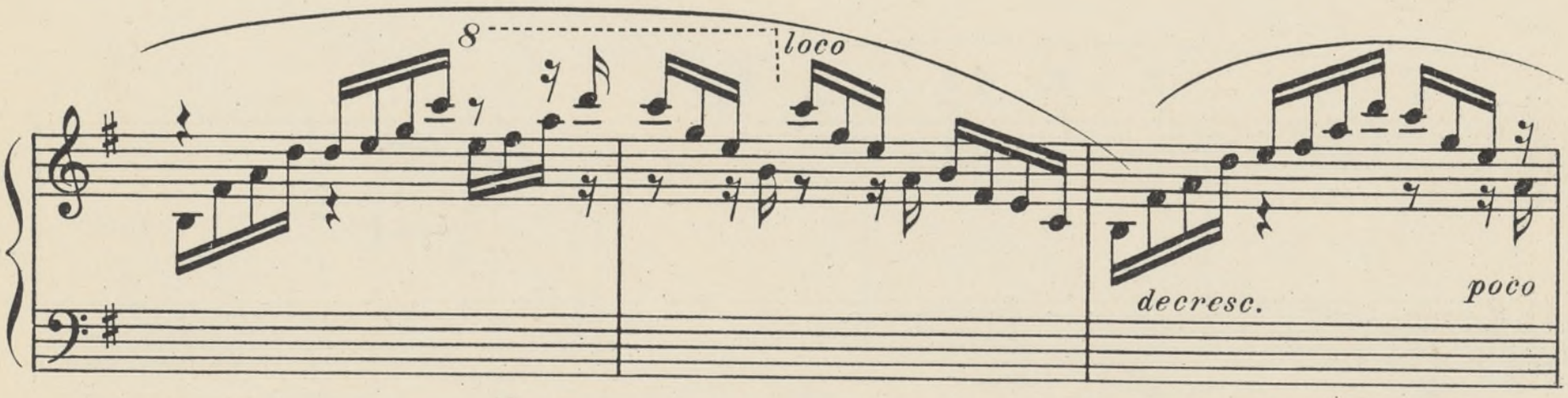


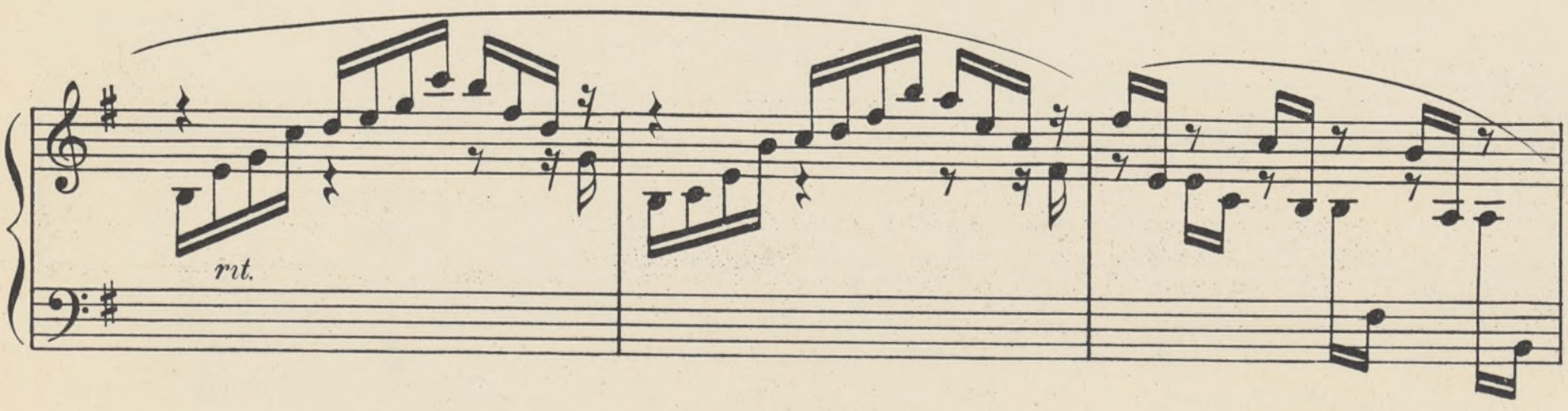
Ayuntamiento de Madrid



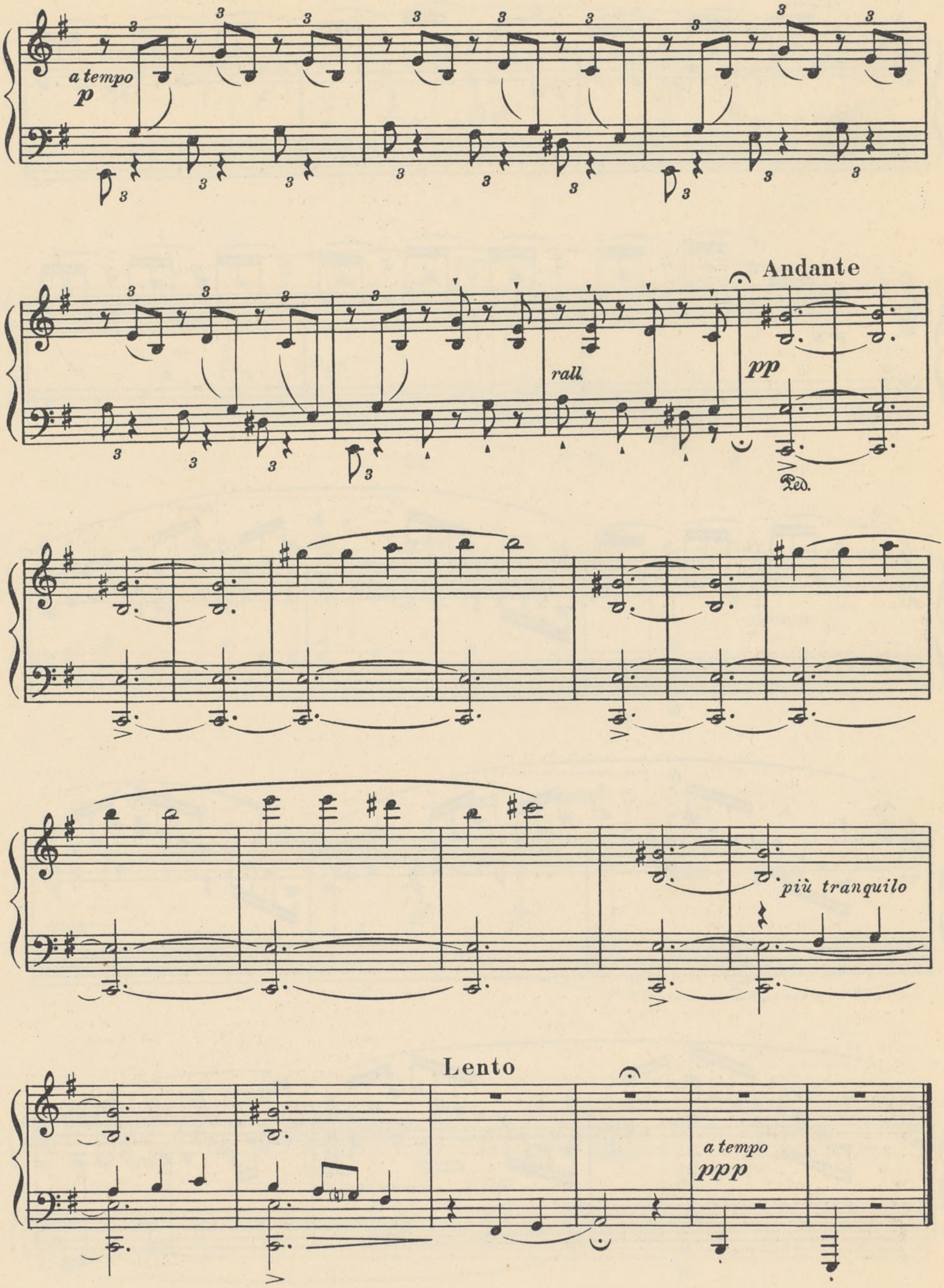








Ayuntamiento de Madrid



Taller de grabado y estampacion de muica de A.Boileau y Bernasconi Provenza 285. Barcelona.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

30 pesetas

Lit: Soc: Gral. de Autores de España.-LIRICOS.

Ayuntamiento de Madrid